

Necesidad para Argentina e Hispanoamérica de entender a Oriente

Ismael Quiles, S.J.

Pienso reflexionar, sencillamente, sobre la posición de América Latina en las relaciones entre Oriente y Occidente.

Un tema que parece, en principio, un poco abstracto, pero que tal como yo lo estoy viendo, creo que es de suma importancia, de suma actualidad y que tiene resonancias y aplicaciones muy concretas y de gran trascendencia para Iberoamérica, por supuesto también para España, pero sobre todo para ese bloque de 21 países que llamamos Latinoamérica o Iberoamérica.

Oriente y Occidente son términos relativos, tanto que, en el último Congreso Internacional de Orientalistas que celebramos el año pasado en París, en conmemoración del Centenario de los Congresos Internacionales de Orientalistas, se resolvió cambiar la denominación y suprimir el término "Orientalistas". Así, otros dicen que todo es Oriente y todo es Occidente.

Según el punto de vista que tenían, en realidad Europa es el Oriente para América y, América es el Oriente para Asia y el Occidente, viceversa; somos todos Oriente y Occidente: entonces ellos han llamado a estos Congresos, *Congresos sobre las Ciencias Humanas en Asia y en el Norte de Africa*. Una denominación discutible, pero, en fin, yo quiero con esto decir que mantengo la denominación de Oriente y Occidente, a mí me gusta más. Yo entiendo por Oriente: Asia y el norte de Africa, porque todo el norte de Africa musulmana forma una unidad cultural con la parte de Asia musulmana y con el resto de Asia. Por Occidente entiendo Europa y América.

Ahora bien, el futuro del mundo depende fundamentalmente de que el diálogo, la comprensión entre Oriente y Occidente sean correctos, sean fluidos. Es un diálogo sumamente difícil porque los orientales tienen una mentalidad, con muchos aspectos al revés de la nuestra, y hacen muchas cosas totalmente al revés. Dicen *sí* cuando tienen que decir *no*, cuando nosotros decimos que *no*, y dicen *no* cuando nosotros tenemos que decir *sí*, y así es un diálogo muy difícil, difícilísimo. No quiero contarles anécdotas que, en realidad, son muy interesantes, pero que nos llevarían mucho tiempo. Es lo más pintoresco que ustedes podrán imaginar un diálogo entre un europeo o un chino o uno de Tailandia o de la India.

Ahora bien, yo creo y, esta es mi afirmación fundamental, que América Latina tiene una gran función y una gran misión que cumplir en este diálogo entre Oriente y Occidente. De esto depende el futuro del mundo.

Africa va a entrar, está entrando ya, está dominando, pero todavía en los próximos

años, en los dos decenios próximos va a ser Asia, Europa y América las que tengan la voz principal en este diálogo. Ahora bien, *¿qué puede hacer Iberoamérica?*

Voy a ver primero un hecho que he comprobado; segundo, voy a analizar las causas del hecho, y tercero, las consecuencias del hecho. Ustedes dirán que estoy actuando como filósofo, como teórico, pero me gusta orientar nuestra búsqueda. *¿En qué consiste el hecho éste?* Es, pues, una situación especial de Iberoamérica entre Oriente y Occidente. He notado en mis muchas visitas al Asia, algunas prolongadas hasta once meses, que tenían ellos una especial simpatía por los pueblos latinoamericanos, una gran comprensión, una gran apertura: esto se da en las Universidades, en los estudiantes, en los profesores, en los diplomáticos, en los políticos y en las autoridades. He conversado con bastante frecuencia con los Ministros de Relaciones Exteriores, con los Ministros de Educación, algunas veces también con los Presidentes. Tuve largas conversaciones con Rada Crismo, que es un filósofo, colega en filosofía; con Sukarno, pocos meses antes de que le quitasen el cargo; con el Vicepresidente Emarllaz... En todos notaba que, cuando hablaban conmigo, hablaban con una apertura total; en los cócteles, en las reuniones, el oriental que habla con un latinoamericano habla con una actitud distinta que cuando se da vuelta y habla con un profesor europeo o con un profesor norteamericano.

Este es un hecho curiosísimo; a mi parecer notable. Esto me dio inmediatamente la idea de que los pueblos de Iberoamérica que, por una parte son de cultura occidental y, por otra parte, son mirados con tanta comprensión por los orientales, podían ser un gran elemento, un gran puente de unión entre ellos. Lo he notado en las reuniones internacionales en que he estado, en las conferencias generales de la UNESCO. Se ve inmediatamente que simpatizan con las iniciativas que propone siempre América Latina y la misma iniciativa, si viene de un europeo o de un norteamericano (y yo aquí no tengo nada contra los europeos o los latinoamericanos), la reciben con frialdad y a veces con oposición. Es un factor muy importante para nuestras relaciones políticas y nuestra actuación en las Naciones Unidas, en la UNESCO y demás reuniones internacionales. Creo que debemos tomar conciencia de esto.

Numerosas son las acusas de esta actitud. Son claras, las repasamos simplemente; para mí ha sido fácil detallarlas.

En primer lugar, es un hecho que los pueblos de Asia han surgido a una nueva conciencia de sí mismos, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial. Han logrado una nueva conciencia política, económica y cultural. Es una afirmación de su ser, de sus derechos, de su cultura. Antes, con frecuencia, hasta tenían vergüenza de su propia cultura y de su propia nación, e imitaban mucho lo europeo, incluso en el estilo, e incluso, por supuesto, en la lengua.

Hubo un caso curioso, uno de los tantos del siglo pasado: a mediados de ese siglo, hubo un bajón inmenso de conciencia en la India y en otros muchos pueblos de Asia. Uno de los grandes pensadores que ha tenido la India (y cuidado que tienen

sus competencias en la india Contemporánea) ha sido Sorri Aurovindo Goz, un gran escritor, un genio. No puedo detenerme a describirlo. Cuando tenía seis o siete años a lo más, en Calcuta, lo enviaron a Inglaterra para que se liberase de la retrógrada mentalidad y cultura de la India y se formase de acuerdo con la cultura inglesa. Esto demuestra una situación de conciencia especial, por cierto, que el niño, que era muy inteligente y tenía una personalidad extraordinaria, hizo todo al revés, y apenas regresó a Bombay, comenzó a escribir panfletos contra Inglaterra, pidiendo la liberación de la India. Estuvo en la cárcel, condenado a muerte. Después se convirtió para hacer su lucha, una lucha fundamentalmente espiritual y religiosa. Pero es un caso curioso; desde entonces ya la enseñanza primaria en Inglaterra parece ser que olvida la cultura de la India. Había una gran depreciación. En cambio, ahora, se están afirmando los valores, la soberanía política, la soberanía económica, la soberanía cultural; afirman su traje, exigen que los de la India, por ejemplo, los diplomáticos, las esposas de los diplomáticos lleven el zari, y en todas partes mantienen ellos esto, en Tailandia, en Indonesia, en japon, etc. Es una afirmación de la propia cultura, una nueva revalorización de la propia cultura (incluso se pasan, a veces), porque ya, con mucha frecuencia, dicen que su cultura es muy superior a la propia cultura europea lo cual, pienso, es una cosa discutible.

Ellos se creen cultural y espiritualmente (yo lo he oído en Congresos Nacionales de Filosofía en la India) superiores a Europa y a Occidente en general.

Yo admiro mucho la cultura de la India, pero quién es más, quién es menos, es muy difícil de determinar. He estudiado toda la cultura occidental, pero no dictaminaré nunca sobre quién es más y quién es menos, ni espiritual ni culturalmente. Pero el hecho es éste: ellos ahora o ponen o reafirman su cultura con todo hecho frente a la cultura occidental y las causas de este aprecio por los pueblos de Latinoamérica son muy claras. Aparece inmediatamente la absoluta ausencia de sospechas de imperialismo y de colonialismo. Evidentemente, hay un gran resentimiento con los países europeos y con los Estados Unidos. Estados Unidos ha entrado en el colonialismo asiático muy posteriormente.

La historia colonial, que no es toda mala, ha tenido su función histórica, y ha dejado grandes valores allí de orientación y de reconstrucción. Si la India es ahora una nación, tal vez se deba a la influencia que ejerció y a la coordinación y a la infraestructura que dejó el período colonial. No todo fue malo en el colonialismo, pero, evidentemente, tuvo grandes defectos que no puedo menos que recordar: las grandes injusticias.

Toda metrópoli es, por esencia, centralista y va asumiendo en lo posible todos los tesoros, todos los valores de la colonia. En cambio, con los pueblos de Iberoamérica no hay un resentimiento histórico ni tampoco, aunque no lo haya histórico, hay una prevención sobre un más o menos velado colonialismo económico, cultural, social, etc. De manera que hay una diferencia total de actitud.

En segundo lugar, dialogan con nosotros más fácilmente, porque nos ven a nosotros en situaciones sociales, políticas, en dificultades económicas y culturales, en muchos casos como las de ellos; así que, según esto, ellos son iguales que nosotros, subdesarrollados como nosotros. No tienen complejo de cierta inferioridad que se tiene ante los grandes pueblos o los que tienen un gran desarrollo.

Es por eso que traten con nosotros de tú a tú y, por tanto, frente a nosotros no tienen ningún complejo de inferioridad. Eso hace que se acerquen a nosotros con una apertura que es sumamente importante.

Noten ustedes que esta desconfianza por el colonialismo velado actual o manifiesto aparece en todas las naciones, incluso la he captado muy claramente (claro que se ha manifestado más en China comunista) en la Unión Soviética. En los frecuentes discursos que he escuchado allí, que me han dirigido, y las conversaciones que he tenido con profesores y las explicaciones mismas de los guías o de los intérpretes, me demostraron una actitud de tremendo resentimiento que tiene China con la Unión Soviética, tanto que, a mi parecer, el primer enemigo por peligro de colonialismo y de imperialismo que tiene China continental es la Unión Soviética. Es claro que son vecinos y tienen mil setecientos kilómetros de frontera, discutida, disputada.

El segundo enemigo potencial es el Japón, por la historia y porque está allí al lado y tiene un gran poder, y el tercer enemigo sería Estados Unidos: el mundo capitalista, incluida Europa.

Claro que, en los discursos, con mucha frecuencia hablaban del principio de autodeterminación de los pueblos y que China deseaba, afirmaba ese principio y por eso lo había establecido.

Casi siempre me nombraban a los pueblos de América Latina (como yo era argentino) y me decían que, especialmente, estaban interesados en tres países: Perú, Chile y Argentina; interesados en ayudar a los movimientos de liberación en todos estos países. Yo, cuando contestaba, reafirmaba el principio de autodeterminación de los pueblos, en el que creo que debemos insistir en todos los casos. Decía que para Argentina era un principio fundamental. Insistía sobre esto porque creo que, realmente, debemos llegar a esto en la práctica.

Evidentemente, en sus discursos veía un intento, por ahora velado pero, en el fondo, los demás países de Asia lo tienen respecto de China continental, que es, a su vez, de un imperialismo sobre los demás pueblos. Hay que ayudar a todos los movimientos de liberación de los pueblos, dicen. Lo mejor que pueden hacer, la mejor manera de ayudarnos es dejarnos tranquilos porque toda ayuda es una especie de más o menos intromisión y lo sabemos por la historia. Los romanos ayudaban primero y después iban sometiendo. Es un hecho: esta conciencia del peligro de colonialismo, del imperialismo que no existe respecto de América Latina.

¿Qué consecuencias hay para nosotros de esta situación? Debemos tomar conciencia, en primer lugar, de lo que yo llamo incidencia en el ser y en el destino

de Iberoamérica de esta situación especial, que tiene un gran impacto, una gran incidencia en nuestro ser y en nuestro destino como pueblos iberoamericanos, como bloque cultural iberoamericano. ¿En qué consiste esto? Primero, en lo que podríamos llamar el ser, en nuestro ser mismo. Esto del ser iberoamericano es un tema que se ha tratado con frecuencia entre los intelectuales, entre los filósofos en América, de México y Buenos Aires; especialmente los mexicanos lo han tratado con mucha frecuencia y, naturalmente, han llegado siempre a la conclusión de que las dos grandes raíces de Iberoamérica son el indigenismo y el hispanismo, la base clásica de las culturas indígenas precolombinas y el aporte que luego ha hecho España, que se han fundido, dando lugar a un nombre especial que es el hispanoamericano.

Evidentemente, estas dos vertientes dominantes, decisivas, constituyen el ser iberoamericano. Tomándolo por analogía con los rasgos constitutivos de una personalidad, por supuesto, está también lo telúrico y lo geográfico, pero lo telúrico y lo geográfico se han fundido, dando lugar a lo racial.

Nosotros tenemos elementos raciales indígenas y elementos raciales hispánicos, que son los que predominan, aunque han venido otros grandes aportes sin duda ninguna, de todas partes. Pero esto es nuestro ser.

Si nosotros analizamos el factor, la vertiente del indigenismo, nos vamos a encontrar con que en el indigenismo hay un gran factor oriental, en primer lugar racial (racialmente es indiscutible) de Sur a Norte, en todas las zonas de esa gran espina dorsal de los Andes, de Chile a México; el factor racial es muy similar, muy coincidente con el factor malayo, el factor japonés, chino e hindú también en algunos aspectos. Es decir que ha venido, sin duda alguna, una gran inmigración oriental por el norte, pero también ha habido una inmigración cultural por el Pacífico. Este factor racial es muy curioso, se ve a la vista. ¿Cómo se ha hecho? Es otra cosa, pero que a la vista existe, eso es cierto.

A mí me pasó un caso curioso en Madrid, en la residencia de los jesuitas de Almagro, que es donde estoy viviendo ahora. Yo regresaba de mi primer viaje al Japón, donde había estado varios meses (mi primer viaje al Oriente), y estaba en la residencia; el portero viene a mi habitación y me dice: "Padre, abajo lo está esperando una señorita japonesa". Yo no tenía idea de conocer a una señorita japonesa en Madrid, pero creí que quizás, como sabían que venía del Japón, alguna tenía interés en conversar conmigo, alguna japonesa que vivía en Madrid. Bajé, y era una señorita argentina, de Salta, que tenía rasgos japoneses. El portero se dijo: "Esta tiene rasgos de japonesa, viene a ver al padre Quiles, que viene del Japón, es una japonesa". Es decir, es evidente que la sangre y que la morfología tienen sus raíces orientales y, luego, la famosa mancha mogólica está extendida, rodeando todo el Pacífico. Es impresionante. Hay un mapa en el Museo Etnográfico de México sobre la extensión de la mancha mogólica: realmente, allí es visible cómo toda la parte de Mongolia, la parte de Malaria está, y luego sigue hasta el Norte y va bajando por toda la

vertiente de los Andes. De manera que la confluencia racial es evidente y es toda una conexión extraordinaria con el Oriente.

Ustedes saben que la raza es un atractivo impresionante, un elemento de sangre y, en segundo lugar, también la parte cultural, porque hay elementos de las culturas precolombinas que parecen exactamente copiados de culturas orientales.

Celebramos en Argentina, en Buenos Aires, hace dos años, un seminario sobre la influencia de las culturas orientales y las culturas indígenas precolombinas, seminario auspiciado por la UNESCO. Ahí realmente los sabios que vinieron presentaron tales datos que yo saqué, en principio, claras conclusiones sobre este hecho. Así que, culturalmente, también ha habido una influencia. Hay indios en Japón que tienen una cerámica, unos dibujos de cerámica exactamente iguales a los de los indios del Ecuador, igual a la cerámica prehistórica de Japón. Se ha publicado un libro, página con página comparadas y, evidentemente, el encuentro paralelo es muy difícil de explicar. Así que ha habido también una influencia cultural y ahí aparece claro esto.

Quiere decir entonces que en el indigenismo hay un gran elemento de cultura y de raza y de sangre oriental, y esto hace entonces que los pueblos de Iberoamérica sean un puente, una conjunción de Oriente y Occidente. Por un lado toda esta parte racial y cultural y, por otro lado, toda la parte hispánica que nos trae la cultura de Occidente. Así que somos, en realidad, una conjunción de Oriente y Occidente.

También se puede decir lo mismo de Filipinas, en cierta manera más clara y más intensamente; se puede decir lo mismo del Líbano, donde se ha mezclado la cultura francesa con la cultura árabe, pero tanto Filipinas como el Líbano son dos casos, son dos naciones aisladas.

Realmente, tenemos un bloque de veintiuna naciones con la misma lengua y en la misma situación cultural histórica.